

# La contra-transferencia del investigador en los relatos de vida

Michel Legrand

Universidad Católica de Lovaina, Bélgica

## Ciencias del sujeto y contra-transferencia del investigador

El enfoque biográfico —y el relato de vida como su metodología específica— se inscribe en el campo de las *Ciencias Clínicas del sujeto*. El “objeto” de la ciencia se caracteriza por ser un sujeto, y el “sujeto” de la ciencia (el investigador) se caracteriza a su vez por su implicancia en la relación con el “objeto”.

Se trata ciertamente de una particularidad propia de las ciencias humanas, con la salvedad de que algunas de ellas —como la Psicología Experimental— despliegan dispositivos orientados a desarticular la relación sujeto a sujeto, en el marco de una preocupación por la objetivación científica. El resultado de estos dispositivos se puede sintetizar de la siguiente manera: el “objeto” (sujeto) de la ciencia es des-subjetivizado, y el “sujeto” de la ciencia, neutralizado.

Lo propio de una auténtica ciencia del sujeto es precisamente el rechazo a tal conjuración de la subjetividad.

El relato de vida —como también el dispositivo del analista o la observación participante del etnólogo— asume esta postura, ofreciendo al narrador un espacio para el habla que no esté circunscrito a los estrictos límites de un dispositivo restringido. Del mismo modo, permite que el investigador trabaje con las resonancias personales que tienen en él las palabras y actitudes del narrador.

Pero, ¿qué problemas plantea esta postura, desde el momento que uno quiere hacer trabajo científico? Devereux (1967) es uno de los primeros en haber tocado detenidamente este tema. Él plantea que, en general, la contra-transferencia del investigador (expresión tomada del psicoanálisis, donde se utiliza para calificar la implicación del investigador en relación a su “objeto”) es inevitable en las ciencias del comportamiento.

El despliegue de dispositivos objetivantes responde a una preocupación defensiva de aquello que el “objeto” (sujeto) de la ciencia moviliza emocionalmente en la persona del investigador. Entre otros, su angustia. Es así que estos dispositivos, más que definir el objeto, lo distorsionan. En este marco, puede decirse que toda metodología eficaz en las ciencias del comportamiento, debe “*explicitar la subjetividad inherente a toda observación*”, considerándola como una vía privilegiada hacia una objetividad auténtica, más que a una ficticia” (Devereux 1967:16).

Ésta es una exigencia que yo mismo he planteado en relación a la metodología del relato de vida de investigación. Exigencia que me parece válida desde la iniciación misma de una investigación, incluso en lo que se refiere al proceso de elección del tema.

Nos parece de gran relevancia sugerir, incluso antes de recoger el relato, una “*mise en disposition clinique*” [es decir, una suerte de disposición clínica], la que deberá mantenerse durante toda la investigación. Ésta

consiste en dilucidar, tan profundamente como sea posible, la propia relación del investigador con el tema elegido. ¿Por qué se ha elegido este tema? El interés por él, ¿está acaso asociado a una experiencia personal. Si es así, ¿a cuál? ¿Cómo influye esta experiencia personal, tanto en términos cognitivos como afectivos, en la aprehensión y concepción del objeto de la investigación? (Legrand 1993:185–186)

La pregunta pendiente tiene que ver con el procedimiento concreto para hacer explícita la subjetividad. Para Devereux, parece tratarse de una empresa de *autorreflexión solitaria*, articulada a una actividad de autoanálisis, la que, a su vez, se sostiene en un trabajo previo de psicoanálisis personal. A mi juicio, un apoyo alternativo, sensible a un punto de vista sociológico, es un trabajo de socioanálisis personal. Un trabajo de este tipo conduce a dilucidar la propia historia en tanto historia de un individuo social.

Este trabajo personal no incluye, sin embargo, otra posibilidad muy importante en esta línea de manifestación de la subjetividad. Me refiero a una iniciativa que considere los *recursos de un colectivo*. ¿Podemos acaso pensar efectivamente que el tomar distancia de sí mismo puede lograrse sólo mediante una postura autorreflexiva? La referencia a un tercero podría constituir un muy valioso recurso.

Es en esta perspectiva que he incluido en la metodología del relato de vida un momento de *interanálisis*, siguiendo la proposición de Anne-Marie Daneau (1988), quien inauguró esta práctica en su propia investigación.

Después de cada entrevista, el investigador transcribe el “texto real” y entrega una copia a una tercera persona. Cada uno, por separado, lee el texto y anota todo aquello que éste le inspira, para después discutir personalmente sus impresiones y comentarios. Este procedimiento se repite con cada entrevista. Yo agregaba que el sentido de operar de esta manera era principalmente crear las condiciones propicias para analizar los aspectos transferenciales y contra-transferenciales implícitos en la relación de interlocución (Legrand 1993:198).

## Una investigación sobre el sujeto alcohólico

En términos generales, los entretelones de una investigación quedan al margen de las comunicaciones sobre dicho trabajo. Con esto me refiero a que la presentación de un trabajo para ser publicado, borra, en pos de facilitar su lectura, los complejos avatares de su desarrollo. Igualmente quedan invisibles las dudas, los errores y las emociones que ha suscitado este trabajo. Esta invisibilización incluye también todo aquello que tiene que ver con la contra-transferencia del investigador. Esto puede deberse a que esta contra-transferencia se desestimó activamente, o bien a que se considera poco serio prestarle atención, o incluso el cuidado de la discreción puede impedir su divulgación. Sin embargo, uno puede preguntarse si una ciencia del sujeto no exigiría incluir hasta en el texto de la publicación, la información y el análisis de lo que se juega en este nivel.

En lo que concierne a mi obra sobre *El sujeto alcohólico* (1997<sup>1</sup>), tampoco yo he escapado de esta regla. Esto a pesar de ciertas “confidencias”, formuladas en la tercera parte (pp. 242– 243), respecto a las emociones de entusiasmo y de triunfo y luego aquellas de desencanto, incluso de desesperanza, que acompañaron el curso de mi investigación. Pero nada de esto es observable en la presentación de

---

<sup>1</sup> Esta obra se cita en el resto del texto con la abreviación: SA.

"Historias de alcohólicos" (Segunda parte de *El sujeto alcohólico*). En particular, aquella historia que precipitó mi "desesperanza", la de Marc, se presenta de una manera perfectamente pareja, sin escollos. Quisiera, ahora, ser un poco más explícito.

Con la distancia, me queda cada vez más claro que cuando se recoge y analiza un relato de vida se producen poderosos efectos de resonancia. El relato, por principio, nos resuena en el ámbito de nuestro propio universo de experiencia personal. Es decir, de alguna manera, escuchar el relato de otro pone en juego a nuestra propia persona, nuestra historia, nuestros afectos y conflictos... Como si nos hiciera vibrar cuerdas sensibles. Estas resonancias se constituyen claramente en recursos, pero también en obstáculos para la investigación. Abren y cierran a la vez. Si bien estas resonancias nos sensibilizan a ciertas dimensiones de la experiencia personal, también nos ubican en el complejo espacio de las resistencias y otros mecanismos psicológicos que desestiman y ocultan otras dimensiones de esta experiencia. De aquí deriva la importancia de cruzar lecturas plurales del mismo material, dentro del equipo de trabajo. Pero, seamos más concretos.

\*\*\*

La primera etapa de la investigación fue conducida por un equipo de trabajo compuesto por Francis Loicq, Yvonne Wetzels y por mí mismo. Recogimos tres relatos de vida de pacientes denominados "alcohólicos": el de Paul (F. Loicq); Monique (M. Legrand) y el de Claude (Y. Wetzels).

## Paul

El relato de Paul es el primero en ser analizado. Durante el trabajo colectivo de análisis, propongo reconstruir la historia de Paul como una historia de "*impasse*"<sup>2</sup>. Paul se encontraba atrapado en un *impasse* existencial. Su recurso autodestructivo al alcohol tiene sentido si se lo contextualiza en este *impasse*. Se puede interpretar su recurrir al alcohol como un intento por desbloquear esta situación, pero un intento desesperado que tiene como efecto paradójico la reproducción del mismo *impasse*.

¿De dónde proviene esta proposición? En primer lugar, de mi propio autoanálisis. Yo he reconocido en mi experiencia personal un *impasse* de este tipo. He cruzado, además, esta búsqueda de los orígenes de mis conflictos con un trabajo de conceptualización. ¿Por qué la elección del término "*impasse*"? ¿Me habré remitido realmente al sentido común del término? ¿Aquél que, sin referencia teórica alguna, significa una situación sin salida? En la misma época de estos cuestionamientos, mi amigo Jean-Marie Gauthier me introduce en la teoría de los conflictos psicosomáticos del psicoanalista Sami Ali. En esta teoría, el *impasse* se transforma en concepto. Una fórmula lógica lo define: A o nA y ni A ni nA. Esta fórmula me ayuda a comprender el conflicto de Paul, así como también el mío.

---

<sup>2</sup> Se mantiene el francés "*impasse*", dado su uso en castellano. Se refiere a una situación sin salida, a un punto muerto.

## Monique

He sido yo mismo quien recogió el relato de Monique. Tengo, por tanto, una implicación mayor con este relato que el resto. Los conflictos conyugales de Monique hacen eco en los míos. Me impresiona mucho en ella la expresión, en un tono monocorde y desahogado, de sus deseos de muerte del esposo. “Me casé con un hombre que me cargaba”; “sólo quiero que él se muera”.

Quando va en auto, podría tener una crisis de epilepsia, un accidente: ¡eso es lo que yo le deseo! Siempre he tenido compasión de él. Porque él es desdichado, realmente desdichado. Siempre lo he compadecido. Pero aun así, siempre he tenido ganas de deshacerme de él.

Me dejó impresionado, estupefacto, sin voz. No lo comprendo, no puedo comprenderlo. Odiar a la pareja hasta desearle la muerte, no me parece posible. Sin duda, esto me ha tocado un punto sensible, pero justamente por ser una fibra demasiado sensible, paraliza mi posibilidad de comprensión. Sin duda se trata de una resonancia, pero de aquellas que provocan estupor.

Pero ahí está Francis Loicq, menos enganchado afectivamente que yo y más sereno respecto a los conflictos matrimoniales. Una hipótesis surge de su propia experiencia en las relaciones interpersonales, aquella de “la misión salvadora”. Monique se vinculó con este joven desadaptado y desagradable (según sus propios términos); ella tiene suficientes razones para despreciarlo y odiarlo. Pero pareciera que este vínculo tiene sentido precisamente por eso, por las características negativas de su futuro marido, que es lo que le permite a ella fantasear con la esperanza de cambiarlo, de “salvarlo”. Esto, hasta que la misión salvadora se agote.

## Claude

Tanto Paul como Monique tienen el perfil de un alcoholismo de *impasse*. ¿Habré yo proyectado en ellos, imaginariamente, mi propia problemática? ¿Tendré una tendencia a ver el *impasse* por todos lados?

Claude, sin embargo, se resiste al *impasse*. Su historia no es una historia de contradicciones. Ella tiene que ver con otro problema humano, uno de los más sensibles para cada uno: el conflicto de la separación. “Mi vida se resquebrajó el día que mi mujer me dejó”. Después de eso, “se siente la falta, el vacío. Nada la puede reemplazar”.

Yo quería casarme, mi madre acababa de morir. Al morir —yo me preocupaba mucho por ella— (...) cuando ella muere, me deja un vacío terrible; yo necesitaba otra cosa.

Yo dejé que resonara en mí mi propia problemática de abandono. ¿Qué pasaría si un día mi mujer me deja? Yo me moriría... o, como Claude, caería en el alcoholismo.

Sin tener a qué ni a quién aferrarse, sin mujer, sin familia, sin amigos, sin trabajo, sin siquiera la precaria seguridad que entrega una institución psiquiátrica y sin que la ilusión alcohólica funcionara más, porque ya sabe que el alcohol no es la solución, Claude se suicida. En realidad, yo en su lugar hubiera hecho lo mismo.

## Marc

Hasta el momento todo estaba perfecto. Ya se definían dos perfiles de alcoholismo: el *impasse* y el vacío. Sólo queda comprobar, matizar, afinar, ampliar, descubrir más detalles. Pero aparece Marc. Personaje con el que me cuesta identificarme. No había empatía alguna. Aunque hoy día, yo diría que hubo una negación de una enorme empatía.

Hay que hacer notar que en ese momento yo estaba solo. El equipo inicial se había disuelto y mis esfuerzos por armar uno habían fracasado. No sé si esto explica lo que sucedió.

Fue una catástrofe. Tenía la sensación de que Marc dejaba fuera de juego mi hipótesis central respecto a que el alcoholismo tiene sentido al entenderlo en el marco de los conflictos más dolorosos de la vida de un sujeto alcohólico. Efectivamente, el alcoholismo de Marc no adquiere ningún sentido, al menos de la manera en que yo lo esperaba. Pero finalmente, Marc declara un momento de conflicto y de dolor antes del alcohol, frente al cual éste aparece como un remedio. Contra viento y marea, yo buscaba un sentido y, por cierto, lo encontré. Forzado. Demasiado cargado de sentido. El lector no se dará cuenta de la “trampa”. La presentación está coherente. Marc constituye una nueva figura “confirmatoria” de la tesis del alcoholismo del vacío (SA, pp. 191–192).

Pero en realidad, hasta el día de hoy, Marc constituye un enigma para mí. Él nos confronta a aquello que en el alcoholismo es precisamente un enigma. Incluso mientras escribo estas páginas, me cuestiono. Creo que a Marc debía haberlo entendido “al pie de la letra”, en una lectura de primer nivel. Sin embargo, en esos momentos yo no entendía nada, no podía entender. Pero, ¿no es significativo que aquello que Marc manifestaba tan abiertamente y que literalmente me encegueció, yo lo haya después elaborado en el caso de Guillaume, con el cual concluí mis “historias de alcohólicos”?

*“¿Mi infancia, mi adolescencia?... No hay nada que contar, ningún problema, una vida totalmente común y corriente”.* Aburrimiento, monotonía. El peso de aquello que se repite, sin aventura. ¿Y si ese fuera justamente el drama? Drama sin drama; sufrimiento sin sufrimiento. “Sufrimiento indoloro” (Guillaume, SA, pp. 210-211).

Y allí viene el alcohol. “La locura”. Deshacerse de lo común, de la normalidad. La vida estalla. La pasión.

Con una suerte de júbilo, Marc me cuenta su gloriosa epopeya alcohólica, que es la razón por la cual él se acercó a mí, el motivo de su consulta. El alcohol le ha dado sentido a su vida hasta el momento en que el sentido se transformó en sin-sentido. Paradoja alcohólica.

La epopeya de Marc, que a ratos tiene ribetes de pesadilla, es la de un periplo africano, de país en país, de pueblo en pueblo. En cada estación, se atraviesa un grado más de locura hasta la experiencia de vacío, de quedar en blanco (Lekeuche 1992). En este punto nos enfrentamos con lo más misterioso, nos encontramos delante de lo que cada uno evita por temor. No es imaginable. Uno puede, ciertamente, beber *para*, algo. Cada uno lo comprende, ya que cada uno lo vive o como algo muy inicial, o bien en una expresión moderada o incluso más radical. El bebedor que denominamos social, bebe para estar de buen humor, para ambientarse, para participar. El bebedor que denominamos excesivo, bebe para aliviar su angustia, calmar un dolor. Se automedica, requiere el alcohol por sus efectos, digamos, psicotrópicos, lo que ya constituye un bebedor social en ciernes.

Pero todo esto no es sino “juegos de niños”. “El alcohol de Marc no es mi alcohol”, decía una lectora del relato de Marc. La verdadera transformación está en la experiencia de quedar en blanco. Es el momento de la experiencia alcohólica en que se disuelve todo sentido, que se convierte en una

sensación de “sin fondo” (Lekeuche). Tomar, tomar y tomar, como un agujero sin fondo, hasta perder la presencia, hasta la ausencia de sí. “Black out”, vacío de memoria, desvanecimiento, coma. Algo del orden de lo mortal, de la pulsión de muerte. La resonancia, que en un primer momento es paralizante, indecible, aterradorante y fascinante, está sin duda presente.

De este modo, me pude abrir a esta vivencia, reflexionando sobre mis propias experiencias que me han conducido al borde del precipicio. Precipicio probablemente respecto al cual muchos han tenido temor en alguna ocasión en que han bebido hasta perder la presencia. Pero para la mayoría, esta pérdida es efímera, ocasional. Cuando se convierte en un modo de ser repetitivo, podemos decir que estamos a las puertas de un funcionamiento alcohólico.

## ¿Ciencia?

Ya conocemos el viejo dilema: o bien hacemos ciencia y perdemos al sujeto, o recuperamos al sujeto, pero quedamos fuera de la ciencia.

Esta manera de plantear el problema supone que existen criterios universales y homogéneos — instituidos— que permiten definir la ciencia y trazar así una línea de demarcación (Popper) entre lo científico y lo no-científico.

Los desarrollos de la Epistemología contemporánea se inscriben decididamente contra esta idea, a pesar de que ella continúa siendo anacrónicamente compartida por la mayoría de los psicólogos académicos. Debemos desmitificar esta cientificidad. La cuestión de saber si la práctica del relato de vida, de la manera que acabamos de presentarla, es o no una práctica científica, pierde su interés. Me refiero al interés de fondo, no al interés “utilitario” en un contexto institucional, académico, ya que el jurado de las tesis o los comités de evaluación de investigación se encuentran a “la vuelta de la esquina”.

En mi investigación sobre el sujeto alcohólico, creí, en un principio, identificarme con el modelo epistemológico de Daniel Bertaux (1986). Es decir: descubrimiento (primeros relatos de vida); esbozo de una teoría; confrontarla (nuevos relatos); alcanzar un punto de saturación, y el cierre de la investigación en una teoría de campo empíricamente validada.

Digámoslo claramente: hoy día yo dudo absolutamente de que mi investigación pueda conducir a una teoría acabada sobre el alcoholismo o sobre el sujeto alcohólico. No creo que pueda desembocar en un cuerpo empíricamente validado, de acuerdo a los criterios de cientificidad habituales en la ciencia académica.

Ciertamente, mi investigación, inacabada, tendrá una continuidad, pero no tengo demasiado claro adónde me conducirá. Creo que probablemente a nada que pueda ser establecido en el nombre de una ciencia empírica. Esto tiene que ver con el hecho de que el relato de vida practicado desde una “ciencia” clínica del sujeto no produce testimonios “confiables” (Stengers, 1993). Se trata siempre de una co-construcción provisoria de sentido, emergente de la relación circunstancial entre un narrador y un investigador.

Puede ser que se trate, en el fondo, de sostener una inquietud que jamás se aliviará. Una inquietud deconstructora de los saberes establecidos, como serían, en el caso del alcoholismo, la enfermedad alcohólica, la dependencia, los neurotransmisores, la causalidad bio-psico-social... En la medida en que

el funcionamiento alcohólico quiebra cada más los esquemas tradicionales, una ciencia del sujeto puede cada vez con mayor fuerza deconstruir todo saber científico constituido.<sup>3</sup>

Pero no nos confundamos: enviar de paseo la vieja cuestión de la científicidad, no significa irresponsabilizarnos. Todo lo contrario. Lo que hacemos, los dispositivos que articulamos, el modo de producción conceptual es lo que transforma, en la científicidad misma, la asunción de la relación sujeto-sujeto. La atención prestada a la contra-transferencia y a las resonancias personales requiere de una reflexión permanente a través de nuestra práctica de un relato de vida clínico.

## Bibliografía

- Bertaux, D. 1986. "Fonctions diverses des récits de vie dans le processus de recherche". En D. Desmarais y P. Grel, *Les récits de vie*. Montréal: Ed. Saint Martin.
- Daneau, A. M. 1988. "Romans personnels. Traits d'une histoire commune. Trois récits de vie sur la maladie mentale". Louvain-la-Neuve (Mémoire inédit, FOPA, Université de Louvain).
- Devereux, G. 1980. *De l'angoisse à la méthode dans les sciences du comportement* (1967). Paris: Flammarion.
- Legrand, M. 1993. *L'approche biographique*. Marseille-Paris: Hommes et Perspectives - Desclée de Brouwer.
- Legrand, M. 1997. *Le sujet alcoolique*. Paris: Desclée de Brouwer.
- Lekeuche, P. 1992. "Vers une métapsychologie du toxomane". En *Antropo-logiques*. Peeters, Louvain-la-Neuve, nº 4, pp. 61–76.
- Popper, K. 1973. *La logique de la découverte scientifique* (1934). Paris: Payot.
- Sami-Ali. 1987. *Penser le somatique*. Paris: Dunod.
- Stengers, I. 1993. *L'invention des sciences modernes*. Paris: La Découverte.

---

<sup>3</sup> La afinidad de nuestro quehacer con lo que se ha denominado una *ciencia posmoderna* amerita una reflexión.